

—¡Oh! coronel... ¡Ese crimen!...

El señor de Brancur se encogió de hombros y con bondadoso tono continuó:

—Ciertamente, eso fué un crimen odioso, imperdonable, un crimen tal que su mismo autor está abrumado por él, que su vida está perdida como la vuestra, que no se levantará jamás, sobre todo á sus propios ojos... Estaba ahí... Le he oído... A juzgar por su acento es imposible dudar de su sinceridad. Está torturado por un remordimiento que le roe el corazón y el alma. Ni los honores que ha conquistado, ni su empleo, ni la estimación de las gentes le consuelan, le hacen olvidar su crimen... Sufre las penas más horribles... Se desprecia á sí mismo. ¡Ah! mi querida Magdalena, ¿que es lo que prueba eso? Que hay en él un sentimiento de honor que le domina, que es de buena sangre, de una raza de gentes honradas... Veinte años de heroísmo no han rescatado á sus ojos un instante de locura, un minuto de extravío... ¿Y queréis que os diga todo, todo cuanto siento? Ese hombre que ha buscado la muerte en los campos de batalla y no la ha encontrado, ese bravo—porque sí, es un bravo—ese valiente bretón—bien lo ha probado, ¿no es verdad?—no tendrá sin embargo valor para sufrir eternamente su suplicio... Esa muerte que los azares de la guerra le han rehusado, se la dará él... á menos que...

El coronel no acabó.

Se quedó pensativo en medio de la habitación, fijó los ojos en el retrato de su sobrino, como la señorita de Arvil había hecho minutos antes. Y dando la espalda á la joven, murmuró entre dientes:

—Pero no, eso es imposible... Eso no puede ser.

Se abrió la puerta, y una voz un poco temblorosa anunció:

La señorita está servida.

Era la voz de Brígida.

La pobre mujer acababa de entrever á Jaime Fugeret, de estrecharle la mano, y aquella vista, aquella caricia fugitiva, la recordaban un tiempo pasado, aquél en que sentía vibrar en su corazón el solo amor que le hubiese llenado y del que jamás había dicho una palabra á nadie.

Magdalena se levantó, y cogiéndose del brazo del coronel, le dijo:

—Sois demasiado generoso, coronel. Acordaos.

—¿Creeis que yo olvido?

En aquél mismo momento bajaba Jaime Fugeret á pie por el boulevard Hausmann y con la cabeza echando fuego y el corazón saltando, se decía:

—Adora á su hija—la mia—la llora... ¡Que yo la encuentre, que se la devuelva!... Me perdonará... Ella lo ha dicho... Y después, ¡quién sabe!... ¡Tal vez!... Toda mi sangre por un rayo de luz.

XVII

Un asunto tenebroso.

El barón Máximo de Saint Aubin había salido del taller de los Grünbach en un estado de ánimo fácil de comprender.

Desde algunos años hacía una vida llena de

placeres. Queridas, coches, caballos, hoteles; tenía de todo, de todo gozaba.

En su seguridad, había concluido por olvidar la espada de Damocles suspendida sobre su cabeza, bajo la forma de un comisario de policía provisto de un mandato de arresto, que podía presentarse de un momento á otro.

Y de pronto un chasquido, ligero aun, acababa de producirse en su techo.

Una voz desagradable le decía al oído cuando menos lo esperaba:

—Todo ha concluido.

La situación del aventurero era en extremo crítica.

Sus socios Savil y Count, daban la voz de alerta.

El último filón se había agotado; las raíces de la última viña se habían secado.

Era preciso romper la prensa de los billetes de Banco, tan bonitos y tan fáciles de hacer, tan perfectos que nadie podía distinguirlos de los emitidos por los Bancos.

¿Cómo se había producido aquella catástrofe?

¿Quién había dado parte á la policía?

Para que Savil y Count tuviesen miedo se necesitaba un verdadero peligro.

Cuando el barón llegó á su casa se encerró en su gabinete y poniendo los codos sobre la mesa y la barba entre las manos, se puso á reflexionar.

Era preciso prevenirse.

En el fondo, bajo apariencias frívolas, con sus aires de sportman y de vividor, el barón era, como sus compañeros de Londres, positivo y práctico.

Tenía la misma sangre fría, la misma audacia y la misma falta de conciencia.

Hizo su balance con frialdad.

¿Qué le quedaba?

¡Su casa del Puy-de-Dome!

Y además unos diez billetes de mil francos y el mobiliario.

Diez billetes de mil francos en el bolsillo de un vividor de ese calibre, se convierten pronto en humo.

Hubiera podido deshacerse de los coches, de los caballos, reducir su tren y esperar.

Pero los grandes espíritus no están por los pequeños medios.

¡Antes que decaer, levantarse la tapa de los sesos!

Luego lo que era preciso buscar era un asunto rico y fecundo, una especulación grandiosa, una de esas intrigas por medio de las cuales se enriquece uno de un golpe.

Ahora bien, esta mina acababa de descubrirse.

Sin ser íntimo de la señorita de Arvil, conocía como todo París, el estado de su fortuna.

Magdalena tenía una renta de doscientos á trescientos mil francos.

El barón Máximo, con su buen sentido, se decía que esto era algo.

Se decía también que el gran dolor que estaba impreso en el rostro de la señorita de Arvil debía provenir de la pérdida de la niña, que nadie había visto jamás á su lado, y que, sin embargo, aseguraban que había tenido; se fijaba en lo que él sabía respecto á la historia misteriosa de aquella joven, educada en el castillo de Aubignac, en plena Auvernia, y en-

contrada por él en la triste casa de la calle de San Andrés de las Artes.

El admirable parecido de aquella joven con la señorita de Arvil era un rayo de luz para él; pero un parecido puede engañar.

Era preciso saber algo más antes de fundar sobre una base tan frágil esperanzas tan serias.

¿A quién recurrir?

Pensó en seguida en la señora Chagny, la amiga de Magdalena.

Esto estaba indicado.

Nada más fácil que entrar en relaciones con ella.

Eran vecinos, y entre vecinos se encuentra pronto un pretexto para hacer una visita.

Además el barón no ignoraba las secretas simpatías que su vecina sentía hacia él.

Databan de largo tiempo.

Las indiscreciones de la doncella de la señora Chagny con Jesús Piriac le habían enterado de esto.

Rico como el Banco de Francia, puesto que gozaba del privilegio de fabricar billetes como el mismo Banco, fanático por su independencia, muy enamorado además de Olimpia Audral, había cerrado los oídos á los consejos que su amigo Piriac le daba, haciéndole ver las ventajas que le resultarían de un enlace con Hortensia.

Pero lo que en otros tiempos había rehusado, bajo el punto de vista del matrimonio, podía intentarlo con otro objeto, y pensó en seguida en ello.

Su primer cuidado fué, pues, dirigir á su rubia vecina la carta que sigue:

«Señora:

»¿Seréis bastante buena para concederme una entrevista de algunos minutos?

»Se trata para mí de un asunto de cierta gravedad, en el que vuestra protección puede serme muy útil.

»Espero que no negaréis este favor á vuestro respetuoso vecino

»MÁXIMO SAINT-AUBIN.»

Después llamó.

Piriac se presentó en seguida.

El barón le enseñó la carta.

El bretón leyó el sobre.

—¿Para la señora Chagny?—dijo.

—Como ves.

—¿Hay algo nuevo?

—Tal vez.

—Antes era cuando debísteis haber escrito.

—¿Es que te pido consejos?

—Entonces, ¿qué quereis?

—¿Tú has entrado en la casa?

El amigo del general Fugeret se sonrió.

—Algunas veces, sí; unas por la puerta y otras por la ventana.

—¡Don Juan!

—¿Y qué?...

—Que hagas llegar esta carta á manos de la señora Chagny.

—¿En seguida?

—Lo antes posible.

—¿No debe saberlo el marido?

El barón miró al reloj.

Eran las tres.

—Chagny no está en casa á esta hora nun-

ca—dijo.—Y además no se trata de lo que tú puedes suponer, sino de cosas más serias...

—¡Ah!

—Completamente serias, ¿entiendes?

—Está bien; voy allá.

Cuando el barón se quedó solo se puso á reflexionar de nuevo.

Y de pronto le ocurrió una segunda idea.

¡Los Chavarux!

Por ellos podría adquirir algunos informes.

La joven les había abandonado; la boda de que el comandante Guerinat había hablado el día del almuerzo de Aubignac, se había deshecho; luego no debía temerse ninguna rivalidad. Tal vez se negasen á hablar, pero habría medios de conseguir que lo hicieran.

¿Pero á cual de los Chavarux dirigirse?

Al hijo, no cabía duda.

Sería tanto más complaciente cuanto que debía estar furioso contra aquella joven que le había despreciado.

El barón le dirigió en seguida el siguiente telegrama:

«Chavarux, pasante de Pilet-Desbuttes.—
»Vichy.

»Quisiera veros ó escribiros para un asunto
»importante. Ruego contestación y gracias
»anticipadas.

»BARÓN MÁXIMO SAINT-AUBIN.»

Cuando concluía de poner este telegrama entró Jesús Piriac.

—¿Y bien?—preguntó el amo.

—El encargo está hecho.

—¿La respuesta?...

—El señor barón puede ver á la señora Chagny dentro de un momento. Está en casa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Una joven muy linda que se llama Angela Ricard.

—¿Tú amiga?

Piriac tomó un aire picaresco.

—La misma—dijo.

—Está bien... Voy allá... Lleva este telegrama.

—¿No hay más?

—No.

Jesús Piriac se fué muy tranquilo.

¡Ah! ¡Las tormentas que hervían en el cerebro de los demás no le atormentaban!

Su negocio estaba hecho. No era grande; pero llenaba sus aspiraciones que no eran exageradas.

Una choza en su Bretaña con un jardinito, un campo plantado de manzanos, una renta de mil quinientos francos, dos mil á ser posible y se consideraría el rey de los hombres.

Ahora bien, la renta la tenía, y también el dinero para comprar la choza, el jardín y el manzanar y además una conciencia tranquila.

El barón, envuelto en su gabán, amplio y elegante, iba á poner el dedo en el timbre eléctrico del hotel Duprat; pero no tuvo tiempo de enfriarse á la puerta.

Angela estaba al cuidado.

El barón no tuvo necesidad de pronunciar una sola palabra.

La doncellita le dijo con una sonrisa de buen augurio:

—La señora espera al señor barón.

Y le guió por una escalera alfombrada has-

ta la puerta de una habitación elegantemente amueblada.

La reina Hortensia estaba sola.

Es inútil añadir que estaba en guardia.

Imposible soñar una *toilette* de casa más deliciosa é incitante.

Aquella mujer pequeñita, blanca, regordeta, sabía vestirse.

Nada más provocativo que aquel peinador ligero, de una seda que debía preceder á las adorables telas de Liberty.

Nada más gracioso que la cinta de terciopelo negro que rodeaba el cuello de la joven y graciosa mujer.

Se podían dar estos dos calificativos á la amiga de Magdalena de Arvil, como á esta misma, aunque una y otra tenían treinta y seis primaveras.

Hortensia Duprat se conservaba tan joven como antes de su matrimonio con el señor de Chagny, y podía decirse de ella, mejor aun que de su amiga, que no pasaba un día por ella.

El barón debía tener la prueba de esto.

Acaso había cometido la torpeza de esperar mucho tiempo.

A veces se presenta la ocasión, y si no se aprovecha no vuelve.

La señora Chagny podría tener un capricho pasajero.

No debía conocer más que un amor, y aun en este amor debía entrar mucho del excitante que se llama celos.

Este amor era el que la había inspirado el vizconde de Bures.

Desde entonces su corazón no había latido con más violencia un día que otro.

Acaso había dicho en alguna ocasión á su doncella, que cuidaba de repetirle á su amigo Jesús Piriac:

—¡Ese vecino es un hombre que me agrada! Pero en ello no había pasión alguna.

Indicó con un gesto una butaca al barón, que murmuró algunas palabras excusándose:

—Tal vez yo sea indiscreto.

A las que ella contestó:

—No, nada de eso. ¡Al contrario, sois muy amable al venir á charlar un rato con dos pobres mujeres, mi tía y yo, que vivimos recluidas. Vamos á ver. ¿Qué tenéis que decirme?... Os escucho.

—En primer lugar, que hace mucho tiempo deseaba tener el honor de que me recibierais.

La reina Hortensia hizo un gracioso gesto de incredulidad.

—¡Oh, amigo mío! Si tanto lo hubieseis deseado, nada os hubiera sido más fácil. Sois amigo de mi marido, si no me engaño.

—Le veo algunas veces en sociedad.

—¿En cual?... —preguntó maliciosamente Hortensia.

El barón no se ruborizó.

—En la de las gentes de negocios.

—Yo creía que no os ocupábais de ellos, que los mirabais como indignos de vos.

—¡Oh! Mejor que nadie sabéis que no es posible desentenderse de ellos en absoluto, y que hoy todo el mundo los toca de más ó menos cerca.

—Es decir: especula, juega; en una palabra: pierde su dinero.

—No todos... Así el señor Chagny...

—¡Oh, este es un pícaro!... Tiene todas las

astucias, todas las malicias... iba á decir todas las truhanerías... y además, tiene suerte.

El barón estaba un poco desorientado.

Si había creído encontrarse en frente de una mujer pensativa, sentimental, se había engañado completamente.

Hortensia estaba sonriente, burlona, charlatana como un pequeñuelo; no parecía intimidada en lo más mínimo por la presencia de aquel vecino, cuya reputación era la de un terrible conquistador y de un verdugo de corazones.

Ella fué la que abordó la cuestión que preocupaba á su visitante.

—Veamos—dijo—confesad que no ha sido por encontraros en frente de mi pobre persona por lo que me habeis... ¿cómo diré yo? pedido audiencia. ¡Teneis un objeto. el servicio de que hablais en vuestra amable esquila!... ¿Qué servicio es ese?

—Es que me vais á encontrar muy indiscreto.

—Estád tranquilo, si me parecè, os lo diré. ¡La franqueza es lo único que me queda ya á mi edad, pues soy una vieja!

—¡Oh!...

La señora Chagny añadió con una especie de melancolía:

—Sí, sí... Decir lo que pienso es tal vez el único placer de que mi buen genio me permite gozar. ¡Ah! Olvidaba otro... ¡Mi amistad para dos seres que me son muy queridos!

—No llevaré mi indiscreción hasta el extremo de preguntaros quiénes son.

—¡Oh! No hay inconveniente en decíroslo. En primer lugar mi tia.

Saint-Aubin se inclinó.

Se hubiera podido ver en sus labios una pequeña muestra de protesta.

La hermosa rubia concluyó diciendo:

—Y Magdalena de Arvil, la mejor de las criaturas que conozco.

El barón aprovechó esta confidencia.

—¡Qué casualidad! Es justamente de ella de quien venia á hablaros.

—¿Os queréis casar con ella?

En esta pregunta habia un poco de burla, de admiración y, sobre todo, una resistencia al cumplimiento de los deseos del barón, si por casualidad se presentase con semejantes pretensiones.

—¡Un sujeto tan malo como vos!

Esto no lo decia la señora Chagny; pero éste era evidentemente el fondo de su pensamiento.

Saint-Aubin la tranquilizó con una palabra:

—No—dijo.—Yo no podria aspirar á tal honor.

—En efecto, me sorprenderia. ¿Creo que ni aun conocéis á Magdalena?

—Es verdad.

—¿Os han presentado á ella siquiera?

—No. No he hecho más que verla alguna vez, cuando he venido á visitaros.

—¡Ah!

—¿Vive muy retirada, creo?

—En efecto.

—¿Se la encuentra pocas veces en sociedad?

—Nunca.

—¿Recibe poco?

—A algunos amigos íntimos... al coronel de Brancur...